

## Preludio al barrio

Las actividades del teniente Edward O.C. Ord y de William Rich Hutton en Los Ángeles durante los meses del caluroso verano de 1849 debieron haber impactado a los habitantes por ser tan poco comunes. Durante dos meses, ellos caminaron por el pueblo lleno de polvo, contando sus pasos, observando cuidadosamente a través de sus catalejos y haciendo bosquejos del mapa de la ciudad. En las tardes, mientras Ord se sentaba a hacer un recuento de su trabajo, Hutton se daba tiempo para dibujar el paisaje de las escenas más pintorescas del pueblo. Como si ignorara la historia de la ciudad, que había sido pueblo indio, villa española y asentamiento mexicano, Ord impuso nombres en inglés a muchas de las calles que los residentes de Los Ángeles habían denominado en español durante largo tiempo. Así, por ejemplo, la calle de la Eternidad que llevaba al cementerio pasó a ser Broadway y la calle de las Chapules, Pearl Street. Una vez acabado el trabajo, la ciudad entregó a Ord un pago por tres mil dólares e inmediatamente procedió a subastar públicamente la propiedad inmobiliaria de la comunidad. Las ventas se hicieron tan rápidamente que los líderes cívicos de la ciudad olvidaron apartar una extensión de terreno para oficinas públicas y en un breve lapso tuvieron que comprar para tal propósito muchas de las mismas propiedades vendidas. La totalidad de las cuatro leguas que pertenecieron a la ciudad como patrimonio español fue vendida en unas cuantas semanas.<sup>1</sup> Como el mapa de Ord, muchas tareas de los colonos anglosajones, de los historiadores contemporáneos y de los funcionarios de la ciudad han sido intentos por borrar las influencias indias, españolas y mexicanas en Los Ángeles.

<sup>1</sup> Véase William Wilcox Robinson, "Story of Ord's Survey as Disclosed by the Los Angeles Archives", *Historical Society of Southern California Quarterly* 19 (septiembre-diciembre de 1937): 121; Carl I. Wheat, ed., "The Ord Maps of Southern California", *Historical Society of Southern California Quarterly* 18 (marzo de 1936): 20.

En 1769, el grupo de Gaspar de Portolá —primer contingente de europeos que pasó por lo que en un futuro sería el asentamiento de Los Ángeles— llegó a un pueblo indio de gran tamaño que el padre Juan Crespi, miembro del grupo de Portolá, describió como habitado por “amigables paganos”. “Viven en este delicioso paraje entre los árboles del río —escribió—. Su jefe trajo algunos collares de conchas y nos arrojaron tres manojos de ellos. Algunos ancianos que fumaban pipas de barro cocido nos echaron tres bocanadas de humo. Les dimos un poco de tabaco y cuentas de vidrio y se fueron muy contentos”. Sin intromisión alguna por parte de los indios, los españoles viajaron unos cuantos kilómetros al norte del pueblo, donde encontraron más oriundos, quienes les ofrecieron comida para continuar su trayecto.<sup>2</sup>

Los pobladores indios que se encontraron con Portolá decían que sus ancestros se habían asentado en esa región aproximadamente unos cincuenta mil años antes. Conforme el grupo de Portolá avanzaba hacia el norte, Pedro Fages, miembro de la expedición, contó siete pueblos en la ruta de la costa, entre lo que se conoce actualmente como El Toro y el extremo norte del valle de San Fernando. A pesar de que no más de dos mil indios vivían en esa zona, Fages describió los pueblos como “bien poblados, algunos de ellos tanto que si los indios se hubieran levantado en armas, nos hubieran infundido temor”.<sup>3</sup> Los gabrielinos, como se conocería a los oriundos de la cuenca de Los Ángeles, después de la fundación de la Misión de San Gabriel en 1770, reubicaban sus pueblos muy frecuentemente, debido a la necesidad de buscar comida. Su conocimiento del terreno y sus maneras pacíficas permitieron el éxito de los esfuerzos misioneros en el despoblado sur de California.

Felipe de Neve, primer gobernador de la Alta California, se hizo cargo personalmente de la fundación de Los Ángeles: en 1777, tras explorar la costa entera desde San Diego hasta San Francisco, selec-

<sup>2</sup> “Diary of Juan Crespi”, en Herbert E. Bolton, *Fray Juan Crespi, Missionary Explorer* (Berkeley: University of California Press, 1927), 146-154. Véase también John Caughey y LaRee Caughey, *Los Angeles: Biography of a City* (Berkeley: University of California Press, 1976), 50.

<sup>3</sup> Citado por Donald C. Cutter, “Report on Rancho El Encino”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 43 (junio de 1961): 201. Véase también Francisco Palou, *Historical Memoirs of New California*, trad. y ed. de Herbert E. Bolton (Berkeley: University of California Press, 1926), vol. 2: 137-138; y Pedro Fages, *A Historical, Political and Natural Description of California*, trad. y ed. de Herbert I. Priestly (Berkeley: University of California Press, 1937).

cionó el lugar —la cuenca situada al oeste de la Misión de San Gabriel, cerca del río Porciúncula— en razón de que —como lo anotó en su diario— “había mucha agua fácil de tomar desde cualquiera de las dos orillas y tenía hermosas tierras”. Neve deseaba que el pueblo cumpliera lo más pronto posible una de sus principales metas: el suministro de alimentos y materiales al enclave costero, eliminando con ello la necesidad de enviar estos bienes desde el interior de México. Los padres querían que el asentamiento quedara cerca de la Misión de San Gabriel para tener influencia sobre su crecimiento y su desarrollo. Sin embargo, con el fin de que el pueblo tuviera una identidad independiente, el gobernador planeó que se levantara a catorce kilómetros al oeste de la Misión de San Gabriel y a buena distancia de San Juan Capistrano.<sup>4</sup>

El gobernador Neve quería que los nuevos pobladores (colonos) de Los Ángeles establecieran un asentamiento libre de la influencia de la misión en un lugar donde los indios, exentos de obligaciones con la misión, quisieran en algún momento reubicarse. De hecho, escogió un terreno cercano en su parte más alta al poblado indio que durante largo tiempo había sido ocupado por el pueblo de Yang-Na. Si bien el padre Junípero Serra, superior de las misiones de California, se opuso a los planes de Neve y argumentó que los nuevos pueblos eran prematuros y constituían una amenaza potencial a la conversión de los indios, la Corona aprobó el proyecto. Así, el asentamiento de Los Ángeles se estableció formalmente en un momento cuando la Corona española había asumido una postura defensiva como consecuencia del inicio de la guerra con Inglaterra en junio de 1779. Los padres misioneros, bajo la dirección de Serra, respetaron a regañadientes los deseos de la Corona de establecer un pueblo cercano a la Misión de San Gabriel. Y aunque los misioneros dieron al gobernador un tratamiento amable y respetuoso durante el año que pasó en el sur de California planeando el nuevo asentamiento, no le ayudaron. Inmediatamente después de que colonos y soldados mexicanos llegaron desde el norte de México a la Misión de San Gabriel,

<sup>4</sup> “Neve’s Instruction to Fages, His Successor”, en Edwin A. Beilharz, *Felipe de Neve: First Governor of California* (San Francisco: California Historical Society, 1971), 165; “Translation of Portion of Order of Governor Felipe de Neve for Founding of Los Angeles”, *Historical Society of Southern California Annual Publications* 15 (1931): parte 2, 154-155.

Neve partió hacia el norte de México para cumplir con sus deseos de agregar nuevos pueblos a la región.<sup>5</sup>

A fines del siglo XVIII, la Alta California tenía poco atractivo para los colonos mexicanos del norte. Por ello, con una difícil encomienda, el capitán Fernando Moncada y Rivera partió hacia las provincias del norte de México con instrucciones precisas de traer consigo 24 nuevos colonos y auxiliar al padre Serra en la construcción de las misiones de la Channel Island. Uno de los problemas para conseguirlos derivó del requisito impuesto por el gobernador de que “fueran casados y llevaran a sus familias”, así como de que también solicitaba un albañil, un carpintero y un herrero.<sup>6</sup> En Sonora y Sinaloa, Rivera sólo logró reclutar dieciséis pioneros, de los cuales únicamente llegaron once a Los Ángeles. Los términos que se les ofrecía resultaban atractivos: se les garantizaba un pago de cinco años, contados a partir del momento de su enlistamiento, consistente en 116 pesos al año durante los dos primeros años y sesenta anuales durante los últimos tres. Los pobladores, quienes se comprometían por un periodo de diez años de servicio, recibían también una yunta de bueyes, dos vacas, un par de caballos, una mula, dos corderos, dos cabras y los aperos de labranza necesarios, en el entendido de que debían pagar por los animales y utensilios con el producto de sus tierras. Finalmente, Rivera prometió a los colonos pequeños lotes en el pueblo para que erigieran su casa. En un contrato redactado por el gobernador de la Alta California y fechado el 19 de noviembre de 1781, se aprecian otros aspectos de los derechos y obligaciones de los colonizadores:

<sup>5</sup> Véase Walton E. Bean, *California: An Interpretative History* (Nueva York: McGraw-Hill, 1973), 46-47; R.F. Heizer y M.A. Whipple, eds., *The California Indians: A Source Book* (Berkeley: University of California Press, 1971), 71, 119-120, 238. Estudios generales sobre los primeros tiempos de Los Ángeles incluyen a John Steven McGroarty, *Los Angeles from the Mountains to the Sea*, 3 vols. (Chicago: American Historical Society, 1921); Morrow Mayo, *Los Angeles* (Nueva York: Knopf, 1933); Remi A. Nadeau, *Los Angeles: From Mission to Modern City* (Nueva York: Longmans, Green, 1960); Harry Carr, *Los Angeles: City of Dreams* (Nueva York: Grosset and Dunlap, 1935); y James Miller Guinn, *Los Angeles and Environs* (Los Ángeles: Historic Record, 1915).

<sup>6</sup> Theodoro de Croix, “Instructions for the Recruitment of the Original Settlers of the Pueblo of Los Angeles”, trad. de Marion Parks, *Historical Society of Southern California Annual Publications* 15 (1931): parte 1, 135; Fray Zephyrin Engelhardt, *Upper California*, vol. 2 de *The Missions and Missionaries of California* (Santa Bárbara: 1930), 368.

Adicionalmente al ganado, caballos y mulas distribuidos entre los primeros once colonos, como se consigna, les fueron entregados lotes para construir sus viviendas, las que en este momento están hechas de palizadas, con techo de tierra, así como dos campos con riego para cultivo y dos fanegas de maíz por cada colono. Además un arado, una yunta y un buey, y para la comunidad el número apropiado de carros, vagones y animales de cría, como queda señalado anteriormente, por lo que los colonos deberán cubrir al Tesorero Real el precio fijado.<sup>7</sup>

Aunque existe poca información que revele la vida cotidiana de los primeros colonos mexicanos, se sabe que el pueblo prosperó durante las primeras dos décadas. Apenas después de un año de existencia, Felipe de Neve externaba su preocupación porque el “fomento de estos pueblos [San José y Los Ángeles] requería de atención especial; es indispensable observar de manera especial al pueblo de Nuestra Señora de Los Ángeles”. Al gobernador Neve le inquietaba la pobre cosecha del primer año, por lo que aconsejó a su sucesor que era “necesario tener un hombre activo y exigente que incite a los colonos a que cultiven la tierra, cuiden de sus cosechas y hagan todo lo necesario relativo a la labranza”.<sup>8</sup>

Junto con la población india que vivía cerca del pueblo de Los Ángeles, los mestizos conformaban la mayor parte de los colonos del pueblo. Existe cierta controversia sobre la composición racial de los primeros colonos mexicanos. C.A. Hutchinson señala que el capitán Rivera reclutó ocho indios, ocho mulatos, dos españoles, dos negros, un coyote (indio y mestizo) y un mestizo. Jack Forbes, por su parte, encontró cinco indios, cinco mulatos, un español, un negro, un coyote y un mestizo.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> Thomas Workman Temple II, “First Census of Los Angeles”, *Historical Society of Southern California Annual Publications* 15 (1931): 148-149. Véase también “Translation of Portion of Order of Governor Felipe de Neve for Founding of Los Angeles”, *Historical Society of Southern California Annual Publications* 15 (1931): parte 2, 154-155.

<sup>8</sup> Beilharz, *Felipe de Neve...*, 165. Véase otro punto de vista similar en Nellie van de Grift Sánchez, *Spanish Arcadia* (San Francisco: Powell Publishing, 1929), 9.

<sup>9</sup> C. Alan Hutchinson, *Frontier Settlement in Mexican California: The Hajar-Padres Colony and Its Origin, 1789-1835* (New Haven: Yale University Press, 1969), 61; Jack D. Forbes, “Black Pioneers: The Spanish Speaking Afroamericans of the Southwest”, en George E. Frakes y Curtis B. Solberg, eds., *Minorities in California History* (Nueva York: Random House, 1971), 24.

Durante las dos primeras décadas, la migración de mestizos al pueblo sobrepasó la de los mulatos y negros. Debe hacerse notar, no obstante, que los datos de la población oficial están alterados por la tendencia de los mestizos, los indios, los negros y los mulatos de elevar su estatus étnico al proporcionar sus datos a los encargados del censo. Los mestizos, por ejemplo, preferían ser considerados españoles, mientras que los indios y los mulatos frecuentemente se registraban como mestizos. En 1790, cuando se celebró el primer censo, había un total de 141 habitantes. De éstos, 73 personas se clasificaron a sí mismas como españolas, 39 como mezcla de español e indio (mestizos), 22 dijeron ser mulatos y solamente siete declararon linaje indio puro; ninguno admitió ser negro.<sup>10</sup>

De acuerdo con el censo de 1790, 28 de los 141 residentes de Los Ángeles eran hombres adultos. Los pobladores habían construido casas de adobe y habían acumulado ganado, alcanzando la cifra de casi tres mil cabezas. Sin embargo, solamente cinco de los 28 hombres eran propietarios de tierras de pastoreo de buen tamaño. Juan José Domínguez, primer soldado del pueblo que solicitó a la Corona un rancho, recibió una generosa dotación de tierra del orden de las treinta mil hectáreas. Pronto, otros cuatro pobladores recibieron tierras y estos individuos empezaron a utilizar tanto a indios como a mestizos para el trabajo de sus ranchos. El padre Vicente Santa María, viajero que visitó Los Ángeles en 1795, proporciona un raro reflejo de su vida pastoral al señalar que en uno de sus ranchos “no se ve nada más que paganos que pasan, calzando zapatos, con sombreros y cobijas, sirviendo como arrieros a los colonos y ranchos, así que si no fuera por los gentiles [indios o mestizos “civilizados”] no habría ni pueblo ni rancho”.<sup>11</sup>

El deficiente historial del pueblo en lo que concierne a la atracción de nuevos inmigrantes forzó a los frailes a depender fuertemente de

<sup>10</sup> Forbes, “Black Pioneers...”, 20-33; Workman, “First Census of Los Angeles”; J. Gregg Layne, “The First Census of the Los Angeles District”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 18 (junio de 1936): 99-105.

<sup>11</sup> Caughey y Caughey, *Los Angeles: Biography of a City*, 75; William Wilcox Robinson, “The Domínguez Rancho”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 35 (diciembre de 1953): 343-346; “The Domínguez Family, 1791-1956”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 38 (diciembre de 1956): 366-372. Las declaraciones de fray Vicente Santa María son citadas por Caughey y Caughey, *Los Angeles: Biography of a City*, 76.

la fuerza laboral de los indios nativos. El historiador Hubert Howe Bancroft observó el impacto de tal situación en la fuerza laboral del sur de California:

los gentiles siguen trabajando por sus salarios en los pueblos y presidios, pero cada año es más difícil conseguirlos y los neófitos [indios], en cambio, obtienen empleos cada vez que se puede celebrar un contrato con los frailes que reciben el salario. La única controversia registrada fue la ocasionada por el retiro de cien trabajadores de Los Angeles en 1810 a su misión en San Juan Capistrano.<sup>12</sup>

Sin duda, los rancheros y agricultores de Los Ángeles se beneficiaron de la fuerza laboral india de los alrededores de las misiones. La población india de San Gabriel, una de las más grandes de la Alta California, creció de cincuenta habitantes en 1772 (en su segundo año de existencia) a 1 701 en 1814.<sup>13</sup> Los frailes consideraban que los indios estaban bajo su custodia y preferían limitar la interacción entre indios y pobladores. José del Carmen Lugo, ranchero del sur de la California de la época, señala el excesivo poder de los frailes sobre los gabrielinos:

Los indios que pertenecen a las misiones no pueden salir de ellas sin permiso especial y estos permisos se otorgan rara vez. Con frecuencia se les envía a trabajar a los pueblos o a los presidios bajo contrato. No se les paga el trabajo que realizan aunque los padres lo reciban para beneficio de la comunidad [...], pero no sabemos qué parte llega a la comunidad.<sup>14</sup>

Como los colonos ingleses de la costa este que dependían de los sirvientes contratados o de los esclavos negros para hacer prosperar sus pueblos y granjas, los colonos españoles de la Alta California

<sup>12</sup> Hubert Howe Bancroft, *History of California* (San Francisco: A.L. Bancroft, 1884-1890), vol. 19: 175.

<sup>13</sup> *Ibid.*, vol. 20: 643; vol. 19: 354-356. La historia temprana de la Misión de San Gabriel es abordada en John S. McGroarty, *California: Its History and Romance* (Los Ángeles: 1911), 77-78, 95, 167; véase también Fray Zephyrin Engelhardt, *San Gabriel Mission and the Beginnings of Los Angeles* (San Gabriel: Franciscan Herald Press, 1927).

<sup>14</sup> José del Carmen Lugo, "Life of a Rancher", *Historical Society of Southern California Quarterly* 32 (septiembre de 1950): 185-236.

dependían de la fuerza laboral de los indios para el trabajo de los ranchos y las misiones.<sup>15</sup> Los Ángeles tuvo una población india de entre 150 y 350 habitantes durante las primeras dos décadas del siglo XIX, cifra considerable si tomamos en cuenta que, en 1820, la población total del pueblo era de 615 personas. El hecho de que entre un tercio y más de la mitad de los habitantes de los pueblos fueran indios es un indicador de la importancia de este grupo en el pueblo. A pesar de que los colonos de Los Ángeles no intentaron exterminar a los indios, como sí se hizo en muchas partes de Estados Unidos durante un periodo similar, cooperaron con los padres en la explotación del trabajo de los indios.<sup>16</sup>

Durante el periodo mexicano, cientos de indios que estaban en las misiones de San Gabriel y San Fernando fueron a trabajar a las rancherías. Los rancheros requerían la ayuda de vaqueros para que trabajaran seis días a la semana, de sol a sol, ganando apenas un poco más que comida y techo. Era común que los vaqueros pasaran los días pastoreando el ganado, frecuentemente sobre terrenos rodeados de peligrosas barrancas.<sup>17</sup> En los ranchos grandes, los dueños contrataban mayordomos o supervisores, cuyo papel —explica Pío Pico, uno de los rancheros más prósperos del pueblo— era “cuidar el ganado y hacer lo que se les exigiera”, incluyendo la venta y suministro de cabezas de ganado y la supervisión de la fuerza de trabajo.<sup>18</sup>

Las pocas reminiscencias personales de los californios mexicanos, si bien generalmente corresponden a las clases adineradas, nos dan una valiosa visión interior de la vida cotidiana de otros durante el periodo mexicano.<sup>19</sup> Las historias de los californios, registradas déca-

<sup>15</sup> Robert F. Heizer y Alan F. Almquist, *The Other Californians: Prejudice and Discrimination under Spain, Mexico and the United States to 1920* (Berkeley: University of California Press, 1971), 6.

<sup>16</sup> *Ibid.*, 7. Véase también Tomás Almaguer, *Interpreting Chicano History: The “World System” Approach to 19th Century California* (Berkeley: Institute for the Study of Social Change, 1977), 17-20.

<sup>17</sup> Bancroft, *History of California*, vol. 19: 355.

<sup>18</sup> Citado por Robert G. Cleland, *From Wilderness to Empire* (Nueva York: Macmillan, 1922), 78.

<sup>19</sup> La Biblioteca Bancroft de la Universidad de California, en Berkeley, tiene la mejor colección de documentos relativos a los californios. Véase por ejemplo Lugo, “Life of a Rancher”; Mariano Guadalupe Vallejo, “Documentos para la historia de California” (1874); Thomas Savage,

das después de la conquista americana, sitúan el relato en una perspectiva más equilibrada que la que se encuentra en las crónicas de viaje de origen anglosajón. José del Carmen Lugo habló a Thomas Savage, su entrevistador, sobre el “modo de vida californiano”, que era cuando la familia entera se levantaba a las tres de la mañana y hombres y mujeres laboraban hasta el anochecer. Las mujeres trabajaban en la cocina muy temprano, “barriendo, limpiando, sacudiendo y otras cosas”. También cocinaban, ordeñaban las vacas y preparaban el queso. Según Lugo, “las tareas de las mujeres duraban hasta las 7 u 8 de la mañana. Después de eso, se ocupaban de cocinar, coser o lavar”. Y los hombres se “pasaban el día en los campos, algunos sembrando semillas, otros cortando madera y trayéndola”.<sup>20</sup> Otra tarea adicional de los rancheros, que requería de mucha habilidad, era destazar animales y salar las pieles para secarlas y venderlas a los *Yankee Clippers*. Mariano Guadalupe Vallejo, trabajador de la época, señalaba que cada rancho “tenía sus *calaveras*, su corral de rastro donde los carniceros indios mataban el ganado y las ovejas. Cada sábado por la mañana se escogían los animales más gordos y se llevaban ahí, y por la noche se extendían las pieles en la parte más alta para que se secan”.<sup>21</sup>

A pesar de que los hombres tendían a dominar las actividades políticas y económicas de los pueblos mexicanos de la frontera, las mujeres participaban en la economía más activamente de lo que antes se les reconoció. En la California mexicana, las mujeres tenían los ranchos bajo su cargo y se ocupaban de la cría del ganado doméstico y del cultivo. Las mujeres también calificaban para la dotación de tierras, como también era el caso de la población india de la comunidad. En 1831, el alcalde de Los Ángeles otorgó una dotación

---

“Documentos para la historia de California” (1876-1879). Dos interesantes biografías que tratan sobre el trabajo en los ranchos son las de Arnold R. Rojas, *The Vaquero* (Charlotte, N.C.: McNally and Loftin, 1964); y Joseph J. Mora, *Californios: The Saga of the Hardriding Vaqueros* (Garden City, N.Y.: Doubleday, 1949).

<sup>20</sup> Lugo, “Life of a Rancher”, 215-216. Para profundizar, véase J.N. Bowman, “Prominent Women of Provincial California”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 39 (junio de 1957): 159; y Terry E. Stephenson, *Don Bernardo Yorba* (Los Ángeles: Glen Dawson, 1941).

<sup>21</sup> Mariano Guadalupe Vallejo, “Ranch and Mission Days in Alta California”, *Century Magazine*, no. 41 (diciembre de 1890): 183.

de cerca de mil quinientas hectáreas a María Rita Valdez de Villa. La ciudad otorgó la dotación bajo los términos de una ocupación conjunta; sin embargo, en unos cuantos años, las autoridades desalojaron a Luciano Valdez, su socio, y prepararon una nueva escritura a nombre de doña María. Parece ser que doña María había reñido con Luciano por diversas causas, entre las cuales destacaba su intención de sembrar viñedos. Durante varias décadas después de su partida, doña María administró el rancho. En la década de 1880, vendió la propiedad Rancho Rodeo de las Aguas a especuladores inmobiliarios. La propiedad, subdividida al final del siglo, se convirtió en un nuevo desarrollo llamado Beverly Hills.<sup>22</sup>

Durante los primeros años del desarrollo de Los Ángeles, la población siguió siendo predominantemente india y mestiza. Dos de los primeros residentes llegaron con el grupo de cazadores del legendario Jedediah Smith, a quien se le reconoce porque en 1826 abrió la ruta desde el Great Salt Lake hasta Los Ángeles. Mientras estuvo en Los Ángeles, los padres de la Misión de San Gabriel atendieron a su grupo dándole comida y refugio. En el pueblo, los hombres de Smith intercambiaban pieles y otras mercancías por caballos y mulas. Cuando finalmente recibió permiso para continuar su viaje hacia el norte, dos de sus hombres, Daniel Ferguson y John Wilson, decidieron quedarse.<sup>23</sup> En 1821, otro cazador, William Wolfskill, llegó a Los Ángeles desde Nuevo México con un grupo de cazadores de pieles estadounidenses y decidieron establecerse en Los Ángeles permanentemente. Wolfskill, quien había obtenido la ciudadanía mexicana mientras estuvo en Nuevo México, tenía amplios privilegios comerciales. En San Pedro, construyó un galeón que utilizó por casi un año para sus cacerías a lo ancho y largo de la costa de California.<sup>24</sup>

El inicio del tráfico de pieles y galeones, junto con el deseo del gobierno mexicano de impulsar el crecimiento de la población en pue-

<sup>22</sup> Clarice Bennett, "A History of Rancho La Brea to 1900" (tesis de maestría, University of Southern California, 1938), 3.

<sup>23</sup> LeRoy R. Hafen y Carl C. Rister, *Western America* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1950), 22; John G. Neihardt, *The Splendid Wayfaring* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1971), 239, 258.

<sup>24</sup> Bancroft, *History of California*, vol. 20: 393; Iris Higbie Wilson, *William Wolfskill, 1798-1866: Frontier Trapper to California Ranchero* (Glendale, Calif.: Arthur H. Clark, 1965), 78.

blos fronterizos como Los Ángeles, atrajo a diversos residentes. Hacia 1835, las autoridades mexicanas confirieron a Los Ángeles la categoría de *ciudad*, y un tercio de los residentes tenía ocupación laboral de carácter urbano. Estos trabajadores urbanos, incluidos dieciséis mercaderes y numerosos artesanos, se ocupaban en trabajar tanto para la población rural como para la población urbana de Los Ángeles. Por ejemplo, seis zapateros, seis sastres y tres sombrereros comerciaban con los marineros visitantes de los *Yankee Clippers*, así como con los propios habitantes. También estaba entre sus planes vestir a los vaqueros y a los soldados de la comunidad. La variedad de ocupaciones se vio después influenciada por el incremento en el flujo de estadounidenses y de otros extranjeros. A mediados de la década de 1830, los mexicanos trabajaron en una variedad de ocupaciones, muchos de ellos especializándose en carpintería, albañilería y en la forja y reparación de metales. Otros encontraron trabajo en los barcos y en el almacenaje de mercancías, incluyendo el manejo y entrega de bienes, así como su administración.<sup>25</sup>

Un puerto libre y el inicio del comercio con Santa Fe a fines de la década de 1820 aseguraron a los residentes del pueblo bajos precios para los bienes de primera necesidad y animaron a algunos californios emprendedores a utilizar los excedentes de mercancías para su distribución al menudeo. Alfred Robinson se refiere a uno de esos mercaderes en su libro *Life in California*. Durante la visita de Robinson a Los Ángeles, en el verano de 1828,

paró en la casa de don Tiburcio Tapia, alcalde constitucional del pueblo, quien había sido alguna vez un soldado modesto pero que con honestidad y trabajo dedicado había acumulado muchos de los bienes de este mundo para convertirse en uno de los hombres más ricos del lugar. Su integridad le ganó crédito absoluto, al grado de ser el principal comerciante y el único oriundo del pueblo de Los Ángeles.<sup>26</sup>

<sup>25</sup> Marie E. Northrop, ed., "The Los Angeles Padron as Copied from the Los Angeles City Archives", *Historical Society of Southern California Quarterly* 42 (diciembre de 1960): 360-422.

<sup>26</sup> Alfred Robinson, *Life in California* (Santa Bárbara: Peregrine Press, 1970 [1846]), 44. Robinson, oriundo de Massachussets y californiano adoptivo desde 1829, se casó con Ana María de la Guerra y Noriega en 1837 e ingresó así a una familia californiana influyente.

La riqueza creciente, gracias al puerto y al comercio generalizado, impulsó a los residentes de Los Ángeles a construir una nueva plaza en la década de 1820. La plaza, como la de otros pueblos latinoamericanos, servía como una importante zona de la actividad económica y social. En ésta, los mexicanos construyeron sus primeras tiendas de menudeo. En la misma ubicación general, los residentes, utilizando el trabajo de los indios de San Gabriel, construyeron la primera iglesia en 1820. (Antes de esa fecha, los residentes tenían que cabalgar o caminar once kilómetros a la Misión de San Gabriel para poder asistir a los servicios religiosos.) Esto, aunado a la transformación de un pequeño pueblo agrícola en una zona urbana utilizada por ranchos y granjas circunvecinas, permitió a Los Ángeles asumir las formas urbanas características de las ciudades latinoamericanas y de otros lugares en donde España había izado la bandera colonial. Incluso el cambio más drástico que sufriría el pueblo, como fue la guerra entre México y Estados Unidos (1846-1848), no alteró inmediatamente la influencia latina en la ciudad.<sup>27</sup>

Comparados con los estragos y vidas perdidas que caracterizaron la lucha entre las fuerzas mexicanas y estadounidenses en el interior de México y en la campaña de Texas, los californios sobrevivieron la guerra entre México y Estados Unidos con pocas pérdidas físicas. La conquista estadounidense de Los Ángeles costó al pueblo menos de dos docenas de vidas y pocos daños materiales. El general Robert F. Stockton confiscó la casa más confortable y mejor situada en la plaza principal, pero la mayor parte de los mexicanos californianos se las arreglaron para conservar sus ranchos. El gobernador Pío Pico, quien rindió la ciudad a los estadounidenses durante el primer sitio, huyó a México pero regresó dos años más tarde y rápidamente renovó sus lazos empresariales con los que alguna vez habían sido yanquis despreciados.<sup>28</sup> La mayoría de los viejos rancheros californianos

<sup>27</sup> Leonard Pitt, *The Decline of the Californios: A Social History of the Spanish-Speaking Californians, 1846-1890* (Berkeley: University of California Press, 1966), 120-130; David J. Weber, ed., *Foreigners in Their Native Land: Historical Roots of the Mexican Americans* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1973), 209-210.

<sup>28</sup> George Tays, ed. y trad., "Pío Pico's Correspondence with the Mexican Government, 1846-1848", *California Historical Quarterly*, no. 13 (junio de 1934): 148-149; Helen Tyler, "The Family of Pico", *Historical Society of Southern California Quarterly* 35 (septiembre de 1953): 221-238.

mostraron intenciones pacíficas y formas de cooperación toda vez que tenían fe en el sistema democrático que les prometía igualdad de derechos y oportunidades. Como lo hizo notar E. Gould Buffum, un viajero que fue a Los Ángeles en 1850: a pesar de que los californios “pelearon con determinación y resistencia frente a las fuerzas navales del comodoro Stockton, se han reconciliado ahora con las instituciones de nuestro país y no tengo duda de que en unos años serán tan buenos demócratas como los que puedan encontrarse en Missouri o Arkansas”.<sup>29</sup>

En los años siguientes a la guerra entre México y Estados Unidos, Los Ángeles experimentó una situación de inestabilidad política y económica. Tres factores contribuyeron a esta dificultad: 1) la presencia de las fuerzas militares de ocupación en la ciudad durante el periodo 1846-1850; 2) el éxodo de trabajadores hacia las minas de oro del norte de California, y 3) la introducción por parte de los estadounidenses de nuevos métodos para la contratación de mano de obra. Tan pronto Los Ángeles fue tomada, y aun antes de la ratificación del Tratado de Guadalupe Hidalgo (1848), los estadounidenses se asentaron en Los Ángeles en número creciente, fenómeno que los mexicanos residentes del pueblo lamentaron aunque no podían evitar. Muchos de los recién llegados eran personal de relevo de los militares y, por primera ocasión, éstos jugaron un papel importante en la selección de los líderes políticos.<sup>30</sup> En 1848, los residentes del pueblo eligieron a dos californianos mexicanos como primero y segundo alcaldes. El coronel J.D. Stevenson, comandante militar de Fort Moore en Los Ángeles, rechazó las dos selecciones porque, en su opinión, los candidatos eran “bien conocidos como dos de los peores ciudadanos, así como muy violentos enemigos de las autoridades estadounidenses”. A solicitud del coronel Stevenson, el gobernador Richard B. Mason invalidó la elección y confirió a Stephen Clark Foster el cargo de alcalde. Foster, oriundo de Maine, había sido comerciante en Nuevo México y Sonora cuando estalló la guerra. Llegó a Los Ángeles en 1846,

<sup>29</sup> E. Gould Buffum, *Six Months in the Gold Mines* (Filadelfia: 1850), citado por Caughey y Caughey, *Los Angeles: Biography of a City*, 120.

<sup>30</sup> John A. Hawgood, “The Pattern of Yankee Infiltration in Mexican Alta California, 1821-1846”, *Pacific Historical Review*, no. 27 (febrero de 1958): 27-37.

como intérprete de un batallón mormón.<sup>31</sup> El nombramiento de Foster enojó seriamente a los mexicanos. Cuando se llevó a cabo la siguiente elección para alcalde, en diciembre de 1848, boicotearon los comicios.<sup>32</sup>

Los militares también se opusieron al flujo de nuevos migrantes mexicanos al territorio. Después de que el coronel Richard B. Mason estableció un gobierno civil de carácter temporal en California, tras la derrota mexicana en Monterey, emitió un bando mediante el cual se negaba a los sonorenses, principales emigrantes mexicanos, el derecho de emigrar a California. Su orden, emitida el 27 de diciembre de 1847, prohibía a los ciudadanos de Sonora entrar a California, con excepción de hacerlo en plan de asuntos oficiales. Esto afectó particularmente a Los Ángeles, pues muchos de los sonorenses que habían emigrado a California ahí se habían asentado. Mason también ordenó a los sonorenses de la Alta California reportarse a las autoridades estadounidenses, fuera en Monterey o en Los Ángeles, con el propósito de informar de sus asuntos y del día de arribo al país.<sup>33</sup>

La naturaleza y el grado de tensión en Los Ángeles durante los años 1846-1848 están ampliamente documentados en una serie de cartas escritas por John S. Griffin, quien como cirujano llegó a California con los Dragones de Kearney en 1846. Él describió las condiciones de Los Ángeles en 1849 en una carta dirigida a su amigo el coronel J.D. Stevenson, antiguo comandante militar, quien se había mudado a San Francisco. La ciudad —escribió— “está atestada de soldados, comisarios, sonorenses, etc., el escenario más viciado y ocioso que vuestros ojos jamás hayan mirado”. So pena de que su carta ocasionara que Stevenson mandara tropas a Los Ángeles, Griffin ofreció la seguridad de que “nuestros hombres están inclinados a mantener la paz entre ellos, y los sonorenses y los californianos parecen tenerles mucho temor”. De hecho —concluyó Griffin—, “rara vez es visto un californiano en las calles de Los Ángeles”. De esta manera,

<sup>31</sup> Stephen Clark Foster, *El Quacheno: How I Want to Help Make the Constitution of California* (Los Ángeles: Dawson's Book Shop, 1949), 7.

<sup>32</sup> Bancroft, *History of California*, vol. 20: 745.

<sup>33</sup> M. Colette Standard, “The Sonora Migration to California, 1848-1856: A Study in Prejudice”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 58 (otoño de 1976): 334.

tras la ocupación militar del pueblo, pasarían meses antes de que los mexicanos sintieran seguridad para caminar sin miedo por las calles.<sup>34</sup>

Otro suceso inesperado ocurrió en 1848, cuando el anuncio de que había sido hallado oro en el norte llegó al pueblo. Los californios se congregaron en las minas. Antonio Franco Coronel, residente de Los Ángeles, partió tempranamente hacia el norte, en agosto de 1848, con un grupo de treinta hombres, sonorenses e indios. Andrés Pico, hermano del anterior gobernador mexicano, también preparó un grupo de mineros, la mayor parte sonorenses.<sup>35</sup> Walter Colton, visitante del valle de Sacramento durante la fiebre del oro, escribió que era posible ver en 1849 a miles de sonorenses, incluyendo muchas mujeres, buscando oro. Un número muy importante de inmigrantes de las provincias del norte de México pasaron por Los Ángeles entre 1849 y 1851. La ley, emitida durante los años de la guerra, que prohibía el flujo de sonorenses, dejó de tener efecto y de ser una restricción a la inmigración mexicana. La libertad de emigrar y el señuelo de la riqueza atrajeron a muchos de los ocho mil sonorenses que llegaron a Los Ángeles en el otoño de 1851.<sup>36</sup>

Mientras muchos comerciantes y rancheros del sur de California obtenían utilidades de las actividades mineras en el norte, la fiebre del oro contribuyó a generar un retroceso político en Los Ángeles. Antes de la guerra entre México y Estados Unidos, Los Ángeles había sido el pueblo más grande de California y había funcionado como capital política de la provincia. En contraste, San Francisco tenía una población de menos de quinientos habitantes cuando las fuerzas estadounidenses entraron a California. La población de este estado, que

<sup>34</sup> "Los Angeles in 1849: A Letter from John S. Griffin, M.D., to Col. J.D. Stevenson March 11, 1849", en Carlos Cortés, ed., *Mexicans in California* (Nueva York: Arno Press, 1976), 9.

<sup>35</sup> Antonio Franco Coronel, "Cosas de California", en Richard Morefield, *The Mexican Adaptation in American California, 1846-1875* (San Francisco: RCE, 1971), 140-186. Véase también José Fernández, "A Californian's View of the Gold Rush", en John Caughey, *California Heritage* (Los Ángeles: Ward Ritchie Press, 1962), 218-225.

<sup>36</sup> *Alta California* (marzo de 1851); Standard, "The Sonora Migration...", 348. J.R. Scott, juez de paz, informó en 1850 que una población de 1 610 habitantes "sin contar a los indios que no pagaban impuestos, vivían en 274 viviendas". Marco R. Newmark, comp., "Ordinances and Regulations of Los Angeles, 1832-1888", *Historical Society of Southern California Quarterly* 30 (marzo de 1948): 34.

alcanzaba los quince mil habitantes en 1848, se incrementó a cien mil dos años después, 90 por ciento localizado en la región entre San Francisco y las sierras. Un historiador cuenta que San Francisco se volvió una “ciudad instantánea” y que el “oro era la fuerza vital que había transformado un poblado relativamente salvaje en una gran metrópoli del Pacífico”. La circulación del oro dotó a la ciudad de una base financiera, mientras el crecimiento poblacional le permitió encabezar un nuevo e influyente poder político en el estado.<sup>37</sup>

Sin embargo, mientras la población en la región del oro crecía, la demanda de mercancías del sur de California se incrementó significativamente; los ranchos del sur alcanzaron la mayor prosperidad hasta entonces vista durante la década de 1850.<sup>38</sup> Entre 1849 y 1851, los precios del ganado se triplicaron. En la primera mitad de la década de 1850, los ranchos del sur de California alcanzaron ventas de más de cincuenta mil cabezas de ganado. Al mismo tiempo, Los Ángeles se convirtió en un importante centro de distribución de caballos y mulas traídos al pueblo por vaqueros de los estados del norte de México. Este intercambio atrajo más sonorenses a Los Ángeles y el pueblo se mantuvo predominantemente mexicano hasta bien entrada la década de 1850. W.W. Robinson señala que

Los Ángeles seguía siendo, en 1851, un pueblo mexicano-californiano en su apariencia y sentimiento. Sus casas y tiendas eran construcciones de adobe de un piso alrededor de una desnuda plaza llena de polvo. Nueve décimas de su población de tres mil habitantes hablaban español, fueran californios o sonorenses recién llegados. La otra décima parte eran estadounidenses recién llegados.<sup>39</sup>

Mientras tanto, los rancheros del sur de California enfrentaban problemas derivados de las cargas fiscales que finalmente ocasionarían la pérdida de su poder en la política estatal. Richard Morefield nota

<sup>37</sup> Cleland, *From Wilderness to Empire*, 255; Gunther Barth, *Instant Cities: Urbanization and the Rise of San Francisco and Denver* (Nueva York: Oxford University Press, 1975), 121.

<sup>38</sup> Robert G. Cleland, *A History of California: The American Period* (Nueva York: Macmillan, 1922), 303-321; James M. Guinn, “The Passing of the Cattle Barons of California”, *Historical Society of Southern California Annual Publications* 1 (1890): 33-39.

<sup>39</sup> William Wilcox Robinson, *Ranchos Become Cities* (Pasadena: San Pasqual Press, 1939), 100; véase también Standard, “The Sonora Migration...”, 348.

que, desde 1851, los doce condados del norte de California, con una población de 119 917 habitantes, tenían 44 representantes en la legislatura estatal, mientras los seis condados del sur, con una población de 6 367 habitantes, sólo tenían nueve. Sin embargo, los condados del sur pagaron más de 41 000 dólares en impuestos durante el año fiscal que concluyó en junio de 1851, mientras que los condados del norte, en el mismo periodo, pagaron únicamente la mitad de tal cantidad. No sorprende que la disparidad impositiva, como resultado de los altos impuestos con que se gravaba el ganado, llevara a los rancharos del sur a promover una iniciativa de ley en la legislatura que proponía la división del estado en dos territorios. Los condados del norte bloquearon esta propuesta y, hacia la década de 1850, los del sur pagaban impuestos 35 veces más per cápita que su contraparte del norte.<sup>40</sup>

El incremento en el flujo de estadounidenses y la prosperidad que resultó de la posición de la ciudad como centro de distribución de bienes y servicios a las minas y a los especuladores del norte hizo que los angelinos se unieran. En medio de los rápidos cambios que acontecían en el pueblo, los líderes políticos se enfrentaban a numerosas dificultades respecto a la administración de la ciudad. Este punto queda ilustrado claramente por los esfuerzos de los funcionarios electos para resolver los innumerables problemas de educación pública. Entre los asuntos controversiales ligados al establecimiento de escuelas públicas, figuraban el incremento de los impuestos destinados a cubrir los gastos inherentes y la búsqueda de un método para enseñar a una comunidad que era mayoritariamente mexicana, si bien con una creciente población de carácter anglosajón.

Un personaje que tuvo gran influencia en la educación pública fue Antonio Franco Coronel. Coronel fue electo en 1850 como asesor del condado. De acuerdo con la legislación estatal que se aprobó aquel año, el asesor de cada condado tenía facultades para fungir como superintendente *pro tempore* de las escuelas públicas. Las tareas derivadas de su cargo requerían que nombrara una junta directiva constituida por tres miembros; además, ciertamente resultaba pertinente que la tarea de nombrar a la junta de gobierno recayera en él, pues

<sup>40</sup> Morefield, *The Mexican Adaptation...*, 31

Ignacio Coronel, su padre, quien inició su carrera en 1838, fue el primer profesor del pueblo. El más viejo de los Coronel, de hecho, dio clases en su casa hasta 1854, cuando la ciudad construyó la primera escuela pública en un edificio de tabique de dos pisos. Antonio Coronel, quien había sido traído de las minas de oro por los angloamericanos en 1849, escogió dejar atrás el pasado y seleccionó a dos angloamericanos y a un californio de nacimiento, Cristóbal Aguilar, para distinguirlos con su incorporación a la primera junta educativa de la ciudad. Los dos estadounidenses seleccionados, Benjamin Hayes, quien fuera comandante militar de la ciudad, y Abel Sterns, ranchero y comerciante, tenían amplio respaldo entre los líderes de la comunidad.<sup>41</sup>

En 1853, Coronel, quien había sido electo alcalde de Los Ángeles, inició un movimiento para establecer las primeras escuelas públicas en la ciudad. Propuso un sistema que era propiedad y que era controlado por el gobierno de la ciudad. El consejo respaldó esta idea, y ambos nombraron a un superintendente, J.L. Brent, y a una nueva junta directiva escolar, integrada por Brent, Lewis Granger y Stephen C. Foster. La primera escuela abrió sus puertas en 1855.<sup>42</sup>

El Consejo de la Ciudad de Los Ángeles (la mayoría de sus integrantes eran mexicanos) había intentado establecer escuelas bilingües. En 1852, por ejemplo, el consejo señaló que mientras apoyara la apertura de una escuela pública, “tales escuelas debían dar instrucción tanto en inglés como en español”. Los miembros del consejo estaban de acuerdo en que si no se encontraban maestros bilingües, entonces tendrían que construir dos escuelas separadas. Como se publicó en *Los Angeles Star*, el debate se centró en la cuestión relativa al valor de cada lengua. Por una parte, el español era importante para los

<sup>41</sup> La carrera política de Coronel es descrita en “Las familias de California: Antonio Franco Coronel”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 43 (marzo de 1961): 102. Véase también Newmark, comp., “Ordinances and Regulations of Los Angeles”, 36; Marco R. Newmark, “Antonio Franco Coronel”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 36 (1954): 180, 161-162; “Antonio Franco Coronel”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 43 (marzo de 1961): 102; *Los Angeles Star*, 14 de mayo de 1853; Harris Newmark, *Sixty Years in Southern California, 1853-1913*, ed. de Maurice H. Newmark y Marco R. Newmark (Nueva York: Knickerbocker Press, 1916).

<sup>42</sup> Henry Winfred Splitter, “Education in Los Angeles: 1850-1900”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 33 (junio de 1951): 104-105.

mexicanos, pues así podían hacer tratos comerciales y establecer contactos sociales con la vieja generación, cuyos miembros no habían tenido el beneficio de la educación. Por otra parte, los mexicanos, incluida la vieja generación, querían que sus hijos aprendieran el idioma en que se trataban todos los asuntos del gobierno y del Estado; sin embargo, los partidarios de la educación bilingüe perdieron la batalla cuando la junta educativa no encontró a nadie que pudiera enseñar tanto en inglés como en español. Cuando se abrió la Escuela Pública no. 1, sólo se permitía el inglés en la instrucción.<sup>43</sup>

Cuando algunos de los pocos miembros de la elite de los californios se mezclaron con los estadounidenses, la mayoría se mantuvo fuera de la corriente dominante de la sociedad angloamericana. Adicionalmente a la elección de Antonio Coronel como asesor en 1850, los ciudadanos de Los Ángeles eligieron a Francisco Figueroa como tesorero y a Juan Chávez, Cristóbal Aguilar y Manuel Requena como consejeros. En 1853, Coronel fue electo alcalde. Sin embargo, para la siguiente generación, el número de mexicanos electos para cargos públicos descendió drásticamente. Según el historiador Richard Griswold del Castillo, los californios quedaron prácticamente excluidos del crecimiento de Los Ángeles en las tres décadas posteriores a la guerra entre México y Estados Unidos. Para dar un ejemplo: mientras 60 por ciento de los mexicanos en el pueblo eran propietarios en 1850, solamente 24 por ciento de los habitantes que hablaban español en la ciudad se convirtieron en propietarios veinte años después. Griswold informó también sobre un decremento generalizado de la riqueza de los californios durante este periodo.<sup>44</sup>

Dada esta transición entre riqueza y poder, el final de la década de los cincuenta y el inicio de la década de los sesenta del siglo XIX fueron años turbulentos para Los Ángeles en general y para los mexicanos en particular.<sup>45</sup> Francisco Ramírez, quien a la edad de 17 se convirtió en el primer editor de un periódico en español en el sur de

<sup>43</sup> *Ibid.*, 101, 103-104.

<sup>44</sup> Richard Griswold del Castillo, "Myth and Reality: Chicano Economic Mobility in Los Angeles, 1850-1880", *Aztlán*, no. 6 (1975): 153-154.

<sup>45</sup> Pitt, *The Decline of the Californios...*, 183. Véase también Maymie R. Krythe, "Daily Life in Early Los Angeles", *Historical Society of Southern California Quarterly* 36 (marzo de 1954): 28-39.

California, con la publicación de *El clamor público*, observó detalladamente los asuntos cotidianos de los mexicanos para analizar el proceso de cambio que ocurría en la comunidad mexicana. Ramírez publicaba su periódico en inglés, español y francés, y él mismo hacía muchas de las traducciones. Se consideraba a sí mismo como un republicano lincolniano y un admirador del sistema democrático estadounidense; por ello, no sorprende que luchara por los derechos de los hispanohablantes. También favoreció la emancipación de los negros estadounidenses y peleó para que se diera mejor trato a los grupos indígenas de California.<sup>46</sup> Ramírez trabajó diligentemente por la publicación sistemática, en español, de todas las leyes, en folletos y en periódicos, derecho consagrado en la Constitución estatal, aunque constantemente denegado por legisladores y gobernadores. No obstante que Ramírez era conocido por escribir en favor de las instituciones estadounidenses, demostró ser un apto crítico del sistema. El asesinato de un mexicano a manos del alguacil de la ciudad impulsó a Ramírez a afirmar que “se ha vuelto una costumbre muy común asesinar o insultar a los mexicanos impunemente”.<sup>47</sup> Desafortunadamente, Los Ángeles, que contaba ya con el *Los Angeles Star*, no parecía tener mucho interés o estar preparado para sostener un nuevo periódico. Solamente después de tres años de circulación, Ramírez publicó la última edición de *El clamor público* en 1859.

Muchos rancheros californios fueron a la ruina por los problemas laborales largos, por los litigios tediosos sobre tierras y por el injusto sistema fiscal, el cual había sido denunciado por Ramírez. Las inundaciones y la sequía de los primeros años de la década de los sesenta del siglo XIX fueron una prueba más que tuvo que afrontar este grupo étnico. Una de las peores inundaciones en la historia de Los Ángeles ocurrió a fines de 1861, cuando se registró una precipitación pluvial de 1 270 milímetros cúbicos en el sur de California en menos de un mes. Después, siguió una sequía de más de dos años, en la que la precipitación pluvial en el sur de California ascendió a sólo cincuenta milímetros cúbicos. La sequía causó destrucción generaliza-

<sup>46</sup> *El clamor público*, 1 de marzo de 1856.

<sup>47</sup> *El clamor público*, 26 de julio de 1856. Para una excelente discusión de la carrera de Ramírez, véase Pitt, *The Decline of the Californios...*, cap. 11: 181-194; Rodolfo Acuña, *Occupied America: A History of Chicanos* (Nueva York: Harper and Row, 1981), 109-117.

da en la industria ganadera. Se perdieron más de cincuenta mil cabezas de ganado y murieron miles de mulas, ovejas y otros animales domésticos como resultado de la insuficiencia de alimentos. Al mismo tiempo, bajó la demanda de carne, que había alcanzado su clímax durante la fiebre del oro. Cuando la sequía empezó a asolar, los rancheros, en un intento por recuperar sus pérdidas, comenzaron a ofrecer su ganado a bajos precios. Sin embargo, existía más ganado que compradores y los rancheros que habían vendido la res a setenta dólares la cabeza durante el apogeo de los años mineros no encontraban en 1863 compradores, aun cuando remataban a 1.50 dólares la cabeza.<sup>48</sup>

La severidad de la sequía forzó a muchos de los rancheros a pedir prestado a una exorbitante tasa de entre 3 y 5 por ciento mensual.<sup>49</sup> Julio Verdugo, cuyo rancho se extendía desde el valle de San Fernando hasta parte del noreste de Los Ángeles, perdió una buena porción de su propiedad al saldar una deuda contraída durante esta crisis. En 1861, Verdugo utilizó la propiedad de su rancho como garantía por un préstamo de 3 445.37 dólares a una tasa de interés de 3 por ciento mensual. Ocho años después, sin poder recuperarse de las pérdidas derivadas de los años de la sequía, Verdugo debía 58 750 dólares. Para poder pagar su deuda, vendió parte del extenso Rancho San Rafael, que había sido otorgado a su padre, don José María Verdugo, en la década de 1790.<sup>50</sup>

Así, hacia 1870, la propiedad de los ranchos se convirtió en la base de la enorme especulación inmobiliaria que se suscitó. Fue entonces cuando se sembraron las semillas del futuro trazo urbano del sur de California. Los constructores, que habían adquirido buena parte de esta propiedad durante el periodo 1850-1870, cuando los impuestos, las sequías y las inundaciones habían hecho de la propiedad una

<sup>48</sup> James M. Guinn, "Exceptional Years: A History of California Floods and Droughts", *Historical Society of Southern California Annual Publications* 1 (1890): 36.

<sup>49</sup> Pitt, *The Decline of the Californios...*, 246-248.

<sup>50</sup> *Ibid.*, 252. Según dice Iris H. Wilson, el libro de William Wolfskill contenía los estados de cuenta de muchos habitantes del pueblo. A fines de la década de 1840 y en 1850, Wolfskill prestó dinero a ciudadanos tan prominentes como Pico, Castro, Sepúlveda, Bandini, Stearns, Carrillo, Lugo, Vallego, Yorba, Olivera, Alvarado y Figueroa. Les prestaba cantidades desde trescientos hasta diez mil dólares a una tasa de interés de entre 1 y 2 por ciento mensual (Wilson, *William Wolfskill...*, 196).

empresa arriesgada, fueron los primeros en subdividirla para propósitos residenciales. En 1870, John G. Downey, uno de los principales constructores de Los Ángeles que parcelaron la tierra, situó en el mercado grandes cantidades de propiedades, incluyendo secciones de 972 hectáreas de terreno que compró a la familia Domínguez, de San Pedro, en 1854. La propiedad de Downey se convertiría en la ciudad de Wilmington.<sup>51</sup> En la primavera de 1874, Charles Maclay y varios socios compraron el vasto Rancho San Fernando, 22 680 hectáreas de tierra que alguna vez pertenecieron a Pío Pico y que comprendían la vieja Misión de San Fernando. A menos de un mes de la venta, los inversionistas habían creado una nueva comunidad y habían vendido cientos de lotes.<sup>52</sup> “Irónicamente, Pío Pico, uno de los habitantes más ricos de la ciudad, vendió buena parte de su rancho durante la década de 1870 para invertir en propiedades urbanas. Pico invirtió más de 35 000 dólares, la mayor parte de los cuales provenía de la venta de sus enormes posesiones, para completar su famoso hotel, la Pío Pico House”.<sup>53</sup>

A pesar de estar influido fuertemente, desde el punto de vista social, por una creciente población anglosajona, Los Ángeles seguía en la década de 1870 impresionando a sus visitantes por su fuerte carácter mexicano. Miriam Follin Leslie escribió, en 1877, que la ciudad era “muy diferente de cualquiera que hayamos visto, pues tenía un aire distintivamente hispano y semitropical, lo que nos hace sentir casi como si estuviéramos en un país extranjero”. Miriam F. Leslie, quien llegó a la ciudad con su esposo, el director del *Leslie's Illustrated Weekly*, después de un largo y extravagante viaje de costa a costa, describió Los Ángeles en 1877, en su libro *California: A Pleasure Trip, from Gotham to the Golden Gate*. Según su opinión, Los Ángeles se había convertido, “en diez años, en una ciudad estadounidense

<sup>51</sup> “The Domínguez Family, 1791-1956”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 38 (diciembre de 1956): 370.

<sup>52</sup> Tyler, “The Family of Pico”, 228-238.

<sup>53</sup> Newmark, *Sixty Years in Southern California...*, 396. Una de las construcciones de adobe más famosas de la ciudad es la de José Antonio Carrillo, que fue demolida para permitir la edificación del hotel de ochenta habitaciones propiedad de Pico. Véase también Oscar Lawler, “The Pico House”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 35 (diciembre de 1953): 335-342; Frank B. Putnam, “Pico's Building: Its Genealogy and Biography”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 39 (marzo de 1957): 74-89.

viva, y en cierto sentido su edad podría ser considerada no mayor de una década”.<sup>54</sup> Otro visitante, David Star Jordan, presidente de la Universidad de Stanford, describió Los Ángeles durante el mismo periodo como “apenas un pueblo predominantemente mexicano [...]”. Jordan, quien no parecía muy impresionado por la subdivisión de propiedades rancheras que había comenzado algunos años antes, observó que “los alrededores eran prácticamente un desierto lleno de cactáceas y de artemisias”.<sup>55</sup>

Cuando el ferrocarril Southern Pacific llevó a Los Ángeles su primera conexión transcontinental en 1886, los impulsores urbanos que habían trabajado en tal terminal consideraron el acontecimiento como uno de los más importantes en la vida de la ciudad. La llegada del ferrocarril Santa Fe al año siguiente disparó una fiera batalla entre los dos gigantes de los ferrocarriles para pasajeros. En algún momento, las tarifas del medio oeste al sur de California cayeron a un dólar, lo que serviría para publicitar las nuevas olas migratorias que empezaron con la guerra de las tarifas. Los ferrocarriles, desesperados por promover sus rutas transcontinentales al sur de California, lanzaron una campaña publicitaria que tuvo un éxito más allá de cualquier expectativa.<sup>56</sup>

Entre 1885 y 1887, los recién llegados a California se contagiaron de la ebriedad consumista masiva, gastando más de doscientos millones de dólares en propiedad inmobiliaria y llevando a la cúspide lo que los historiadores han denominado el auge más espectacular de los bienes y raíces en la historia estadounidense. Los precios de la propiedad se fueron al cielo de la noche a la mañana, incluso algunos lotes cambiaban de propietario varias veces en un solo día. Los terrenos dentro de la ciudad se vendieron primero. Los especuladores y los vendedores hacían negocios también en los valles y las

<sup>54</sup> Citado por Richard Reinhart, “On the Brink of the Auge: Southern California en 1877, As Witnessed by Mrs. Frank Leslie”, *California Historical Quarterly*, no. 52 (primavera de 1973): 65-66.

<sup>55</sup> Citado por Earl Pomeroy, *The Pacific Slope: A History of California, Oregon, Washington, Idaho, Utah, and Nevada* (Seattle: University of Washington Press, 1965), 141. Véase también Henry W. Splitter, “Los Angeles as Described by Contemporaries, 1850-1890”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 37 (junio de 1955): 125-138.

<sup>56</sup> Pomeroy, *The Pacific Slope...*, 143.

colinas adyacentes al viejo pueblo. Surgieron 25 nuevos pueblos a los lados de las vías del ferrocarril Santa Fe, entre Los Ángeles y San Bernardino.<sup>57</sup>

Antes de que colapsara el mercado inmobiliario en 1888, algunos especuladores de empresas ganaron enormes utilidades al ofrecer a los clientes futuras “propiedades portuarias”. Cerca de las actuales Culver City y Marina del Rey, algunos agentes inmobiliarios adquirieron propiedades de los Machado, Talamantes e Higueras, tres familias que se habían establecido y adquirido propiedades antes de la Independencia de México. En junio de 1887 empezó la promoción de Port Ballona. Los anuncios lo llamaban “El futuro puerto del sur de California”.<sup>58</sup> Para no quedarse atrás, un sindicato, encabezado por J.R. Tuffree, quien había comprado recientemente el extenso Rancho Palos Verdes, anunció la construcción del puerto de Catalina en Portuguese Bend.<sup>59</sup> Toda esta especulación no detuvo a Henry Huntington, el terrateniente más importante de la ciudad, a seguir con sus planes de construir el puerto principal de la ciudad en Santa Mónica. Mientras tanto, San Pedro continuó siendo el puerto más utilizado de la ciudad y atrajo un buen número de compradores de terrenos.<sup>60</sup>

La creciente influencia anglosajona en la ciudad ensombreció gran parte de la vida cultural de la comunidad mexicana, aunque las tradiciones hispanomexicanas idealizadas se volvieron populares. Helen Hunt Jackson realizó una serie de entrevistas, en la década de los ochenta del siglo XIX, con la familia de Ygnacio del Valle, del Rancho Camulos, para preparar su famosa novela *Ramona*.<sup>61</sup> Entonces, el ferrocarril Southern Pacific promovía el sur de California como una región romántica, llena de históricas misiones españolas de adobe y

<sup>57</sup> Glenn S. Dumke, *The Age of the Eighties in Southern California*, 4ª ed. (San Marino, Calif.: Huntington Library, 1955); Newmark, *Sixty Years in Southern California...*, 572.

<sup>58</sup> Hermana Clementia Marie, “The First Families of La Ballona Valley”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 37 (marzo de 1955): 48.

<sup>59</sup> Newmark, *Sixty Years in Southern California...*, 581.

<sup>60</sup> Los esfuerzos de Henry Huntington por construir un puerto importante en Santa Mónica son comentados en Charles D. Willard, *The Free Harbor Contest at Los Angeles* (Los Ángeles: Kingsley-Barnes and Neuner, 1899).

<sup>61</sup> Pitt, *The Decline of the Californios...*, 253; Helen Hunt Jackson, *Ramona: A Story* (Boston: Roberts Brothers, 1887).

poblada de hermosas señoritas\* españolas. Durante la recesión de 1894, la asociación de comerciantes de Los Ángeles patrocinó un nuevo proyecto, la Fiesta de Los Ángeles, utilizando temas hispanomexicanos como estrategia de promoción. En el segundo año de la fiesta, la asociación de comerciantes invitó a un mexicano a su junta de planeación. Charles F. Lummis, originario de Nueva Inglaterra, también se incorporó a la junta. Según el historiador Boyle Workman, Lummis, quien fundó y editó la revista *Out West*, llegó tan lejos en su intento por idealizar el pasado y presente del sur de California que durante un tiempo fue considerado el líder del nativismo cultural de la región.<sup>62</sup>

A fines de 1890, Los Ángeles había logrado la madurez como centro urbano. Una década antes, la población de la ciudad se había más que cuadruplicado, aumentando de 11 183 habitantes a cincuenta mil en 1890. Este crecimiento urbano fue de 350 por ciento, tasa superior a la de cualquier otra ciudad en el país. (En contraste, durante un periodo similar, San Francisco alcanzó solamente 28 por ciento de crecimiento poblacional.) Durante este lapso, la mayor parte de los inmigrantes eran originarios de otras regiones de Estados Unidos, principalmente del medio oeste. En 1890, Los Ángeles tenía uno de los porcentajes más bajos de extranjeros blancos de entre todas las ciudades de la nación: 22 por ciento, en comparación con 39 por ciento de Nueva York y 41 por ciento de Chicago. La población mexicana (incluidas todas las personas de “origen mexicano”) se duplicó desde 1880 hasta 1900, aunque seguía por debajo de 5 por ciento del total de la población de la ciudad en 1900.<sup>63</sup>

Los residentes de Los Ángeles, a finales del siglo, seguían enclaustrados en lo que podría considerarse el ambiente de una “ciudad peatonal”. Los alrededores inmediatos daban a los angelinos amplias oportunidades de interactuar y trabajar juntos, independientemente

\* En español en el original (n. de la ed.).

<sup>62</sup> Newmark, *Sixty Years in Southern California...*, 605-607; Boyle Workman, *The City that Grew*, ed. de Caroline Walker (Los Ángeles: Southland Publishing, 1935), 261. Los trabajos de Charles F. Lummis incluyen *The Land of Poco Tiempo* (Nueva York: Scribner's, 1893). Se dice que Lummis es el primer académico que denominó como suroeste a la región fronteriza con México. Véase también Christina Weilus Mead, “Las fiestas de Los Ángeles”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 31 (1949): 61-113.

<sup>63</sup> U.S. Bureau of the Census, *Population, Thirteenth Census of the United States Taken in the Year 1910*, vol. 1, 207-213.

de las diferencias raciales y de clase. La siguiente generación prometía transformaciones asombrosas. Anticipos de esto se reflejaban en las nuevas subdivisiones y extensiones de la transportación interurbana. En la década de los noventa del siglo XIX, los líderes de la ciudad hablaban de un puerto para servir al comercio mundial. Los caminos pavimentados y las chimeneas de las fábricas recordaban a los angelinos que habían entrado a una nueva era. Los siguientes 25 años prometían a los industriales una nueva ola de migrantes capaces de inyectar músculo al sector manufacturero y dólares a las empresas comerciales. Los recién llegados contaban con el beneficio del rápido transporte interurbano y de la vivienda barata. Los líderes de Los Ángeles enfrentaban decisiones cruciales relativas a la falta de agua y de carbón y la escasez de capital y de trabajo. Durante los siguientes treinta años, el problema laboral fue un reto para los industriales y, en este contexto, los inmigrantes mexicanos jugarían un papel determinante.